

los movimientos concertados de los astros que parecen hacer con sus moles infinitas combinaciones aritméticas para señalar la ruta de la humilde nave, el estruendo de los huracanes, azotando las alteradas aguas, en fin, la realización visible, palpable de lo infinito. Para que nada faltase á acrecentar esta especie de carácter legendario, Garibaldi pasó los días más floridos de la vida en las selvas de América, en el seno de sus rios que parecen mares, en aquella especie de exaltacion de la vida en infinitos seres que tanto contribuye á exaltar el espíritu y arrojarlo en el seno de infinitas ideas. Es además italiano, de la tierra del arte, y ha hecho de su patria como Miguel Angel, como Savonarola, como el Dante, una especie de religion para su alma, una fuente de inspiraciones para todas las obras de su vida. Esto es tan cierto, que ese mismo hombre que hoy declara muerto el catolicismo, y caido el Pontificado, se confesó como un penitente cuando creyó que Pio IX, convertido al liberalismo, salvaria su Italia. Hay que mirarlo para comprenderlo. Su frente es ancha; la bóveda de su cabeza indica la benevolencia; de sus ojos destella una luz tan suave, que no es el centellear de la mirada de ave nocturna que tienen los implacables guerreros, sino la dulce resignacion de los mártires; su rubia melena y su no ménos rubia barba, surcada por algunas blancas canas le rodea de una especie de atmósfera luminosa como la que daban por fondo los pintores de la Edad Media á sus místicas figuras. Decid de él lo que querais; pero no dudeis que por su ingenuidad y por su candor, se distingue en el mundo maquiavélico de los diplomáticos y de los anexionistas, ese marino, ese guerrillero que tiene una sola passion en el corazon, y ese mismo corazon

siempre en los lábios. Se estrella contra las realidades de la vida moderna; pero si hay quien crea, si hay quien ame, si hay quien espere en el mundo, tendrá siempre un culto al hombre que combatió por la libertad á las orillas del Plata, que vino en alas de su amor pátrio á luchar en el sitio de Roma, que emprendió la inmortal retirada á Venecia, digna de compararse á la retirada de los diez mil; que volvió á reaparecer en los desfiladeros de los Alpes, cuando Italia peleaba por su independenciam; que fué de Caprera á Palermo, y de Palermo á Nápoles, ahuyentando los Borbones y sus cortesanos; que despues de haber levantado con los conjuros de su génio y con el brillo de su espada, un trono, se volvió humildemente á su isla; que fué herido por el mismo á quien le habia dado la corona de Italia; que do ve un pueblo en peligro, allí está, inspirado por su ideal, á dar su vida por todos los oprimidos, y á pelear contra todos los opresores.

La cuestion de Italia contribuyó en mucho al descrédito y á la ruina del tercer Imperio. En medio de sus protestas de libertad fomentaba la reaccion. En medio de sus alardes de patriotismo, humillaba á Francia. El César que se mostraba humilde ante las escuadras de América y los ejércitos de Prusia, mostrábase valerosísimo ante los voluntarios de Garibaldi. La nacion de Voltaire sostenia al Papa de Roma. El general enviado á esta empresa habia avisado por telégrafo, contando los defensores de la libertad muertos por los disparos franceses, que los nuevos fusiles habian hecho milagros. La irritacion era inmensa, indescriptible; y se oian palabras de venganza en todos los lábios, y se veian relámpagos de revolucion por todos los horizontes.

CAPITULO LII.

LA CAMPAÑA ITALIANA EN EL CUERPO LEGISLATIVO.

La verdadera batalla sobre la cuestion de Roma se dió en el Cuerpo legislativo, cuerpo esencialmente democrático por su origen, como dimanado del sufragio universal, pero esencialmente conservador por sus tendencias como devoto al Imperio. La discusion comenzó de una manera muy grave, muy solemne. Pocas veces el Cuerpo legislativo ha presentado un aspecto tan imponente. Mr. Jules Favre sube á la tribuna. Su rostro está pálido, su paso es vacilante; grande preocupacion agita su espíritu, pero su palabra sale serena, fluida, trasparente como un profundo rio de ideas que nace al pié de elevadas montañas. El discurso de Favre no tiene, al principio, esa agitacion nerviosa que dá escalofrios; no tiene esa poesia con que la elocuencia alcanza los efectos de la música; no tiene esa elevacion de pensamientos que provoca á las grandes meditaciones; pero tiene la severidad, el nervio, la lógica, la sencillez y la grandezza de una acusacion elocuentísima. Sus palabras, al tocar la grave cuestion de Roma, adquieren una solemnidad extraordinaria,

porque en el fondo de su corazon el orador republicano es religioso, y en su conciencia aún tiene algo de teólogo. La diction es severa, el estilo sóbrio, la dialéctica contundente. la idea elevada, la intencion profunda; y en algunos momentos, sobre todo cuando la indignacion habla, toma toda su arenga la solemnidad majestuosa de una gran tormenta. Voy á ver si me es posible resumir en breves conceptos sus principales argumentos. La primera expedicion á Roma tuvo en su origen por objeto defender Italia contra el Austria. El ministro de Francia declaró ante la Asamblea nacional que jamás cometeria la República francesa el fratricidio abominable de aniquilar la República romana. Pero la República romana fué aniquilada, y el Papa re- puesto en su trono. Entonces Napoleon Bonaparte, á la sazón presidente de la República, escribió una carta al embajador en Roma diciéndole que, al reponer el Pontificado en el sólio temporal, deshecho por las revoluciones, de ninguna manera habia sido su ánimo restaurar el absolutismo teocrático, y por

lo tanto era necesario exigir del gobierno pontificio las reformas indispensables á la vida de los pueblos en este nuestro siglo. El gobierno pontificio, á pesar de deber al gobierno francés su existencia, negóse á toda reforma. En vano insistía Francia; la insistencia de Roma era incontrastable. Vino la guerra de la Independencia, y Roma estuvo por sus simpatías con el Austria, con los Borbones, con los príncipes destronados, con los enemigos de Francia. Entonces perdió gran parte de sus provincias abrasadas como toda Italia por el fuego de un santo patriotismo. El águila francesa alejó con sus alas el incendio que llegaba hasta las frágiles puertas del Vaticano. A este nuevo servicio siguieron, por parte del gobierno francés, nuevas demandas de reforma, y á estas nuevas demandas de reforma nuevas negativas por parte del gobierno romano. Entonces, valiéndose el Papa de su autoridad religiosa, de sus ejércitos por todo el mundo esparcidos, de su fuerza moral, elevó á artículos de fé en un documento eternamente célebre, en el Syllabus, todos los errores, todas las preocupaciones, todos los principios que Francia ha condenado en sus códigos. Poder civil, matrimonio civil, libertad de pensar, libertad de cultos, igualdad en la ciudadanía, derechos modernos, todo fué declarado contrarió al catolicismo. Italia que, merced á tantos trabajos, se constituía y se emancipaba del extranjero, fué maldecida. El Papa le declaró la guerra.

En su ansiedad por ver libre de extranjeros todo el suelo italiano, formó Italia la convencion de Setiembre, en que se comprometia á no intervenir en Roma ni á dejar que ninguna fuerza extraña interviniese. Pero si la convencion ha sido rota, decia Favre, ha sido rota por Francia. Francia organizó la legion de Antibes, que era una intervencion disfrazada. Francia envió al general Dumont á contener las deserciones de los zuavos pontificios. Francia dijo por boca de su ministro de la Guerra que servir al Papa era tanto

como servir al Emperador. Y al mismo tiempo el Papa condenaba en continuas maldiciones á Italia sobreexcitando contra sus leyes las conciencias. En este tremendo estado Francia ha intervenido, y al intervenir, sin favorecer al Papa, ha deshecho la Italia. La nacion francesa ha rasgado el Syllabus; pero de sus fragmentos ha hecho tacos para cargar el fusil contra los enemigos del Syllabus. Los resultados de esta política deben ser tremendos, como lo son siempre los resultados de toda política equívoca.

El discurso de Favre produjo inmensa sensacion. Monsieur Rouher, como hábil táctico parlamentario, queria procurarse el espectáculo de que la oposicion contestara á la oposicion. Pero habia una parte de la oposicion, los legitimistas y los orleanistas, que deseaban algo más que una batalla, deseaban una victoria sobre el gobierno. Y la obtuvieron. Mr. Moustier, ministro de Negocios extranjeros, se encerró en sus habituales reservas. Habló como en el Senado mucho de la independencia espiritual del Pontífice; pero nada de su independencia temporal. Estas reservas disgustaban á la mayoría esencialmente conservadora y católica. Entonces Mr. Thiers, como antiguo general de Parlamento, aprovechó la ocasion para poner el Parlamento sobre el Imperio. Habia del lado del gobierno la reserva; del lado de la mayoría la franqueza. Aposeñarse de la conciencia de la mayoría; expresar su pensamiento; formular sus aspiraciones; defender claramente el poder temporal del Papa; ofrecer como solucion que permanezcan á su lado indefinidamente las tropas imperiales; decir que sin trono de rey no puede haber independencia de Pontífice para el jefe supremo de la Iglesia católica, la cual es la Iglesia nacional en Francia; maldecir de la unidad de Italia como una gran desgracia; esperar que sin Roma esa unidad será imposible; proponer francamente que Francia tenga su espada desnuda á la puerta de Roma para que Italia vaya en su demencia por la unidad has-

ta clavársela en el corazon; hacer y decir todo esto, entre los aplausos de la mayoría, entre los saludos y los gritos entusiastas de los imperialistas, era sustituir la política de un enemigo del gobierno á la política misma del gobierno, el pensamiento de Thiers, al pensamiento del Imperio y poner el Cuerpo legislativo que manda sobre el Emperador que obedece. La táctica fué hábil, de un consumado capitán, de un grande orador. No puede darse más flexibilidad de talento, más riqueza de recursos. En tres largas horas el sofisma, la reticencia, la argumentacion contundente, la ironía fina, la duda filosófica, la teología escolástica, la historia, la política, hasta las efusiones del misticismo, hasta los esplendores de una elocuencia religiosa, todo fué por el hábil orador empleado para conseguir un grande triunfo parlamentario. Este héroe de la palabra no ha tenido todavía un Waterloo. Cuarenta años han pasado despues que su talento llegó á la madurez y todavía está robusto. Pero ¡ah! que esa palabra tiene la mala influencia del manzanillo. Importa poco que apague ó combata, asesina á cuantos se sientan á su sombra. Mató á la República que la creyó, y matará al Imperio si la cree. Y sin embargo, por este momento que historiamos, el Imperio la ha creído.

Mr. Rouher, al día siguiente, va al Cuerpo legislativo, asalta la tribuna, y prescindiendo de todo género de consideraciones, franca y claramente descubre el secreto de la política imperial diciendo que Italia jamás, jamás, jamás tendrá á Roma. No puede pintar bien el entusiasmo que esta declaracion produjo. Las señoras agitaban sus pañuelos blancos cual la enseña de los Borbones, los diputados aclamaban á grito herido al Emperador, los obispos y los cardenales aplaudian hasta el escándalo y se entusiasmaban hasta el llanto. Las Cámaras Francesas parecian un Concilio declarando un dogma de fé. La extrañeza era tanta, que se preguntaban unos á otros los católicos fervientes,

si es que habian oido bien. Algunos arrancaban sus notas á los taquígrafos. Otros detenian al ministro para pedirle explicaciones. Entre estos se distinguía Thiers, al cual escuchaba Rouher con tanto acatamiento como si escuchara al mismo Emperador. Se veía, que el orador, enemigo del Imperio, reinaba sobre el Imperio. Así es, que obligó al ministro de Estado á subir nuevamente á la tribuna y declarar que entendia por dominios del Papa, no solamente la ciudad de Roma, sino todo el territorio sujeto hoy á su autoridad suprema. El entusiasmo redobló entonces. Favre intentó hablar, pero nadie quiso oírle. Tuvo que bajar de la tribuna sin expresar su pensamiento. Berryer, el legitimista, dictó el orden y la manera de la votacion, que fué numerosa, compacta, á favor del poder temporal del Papa. Entre los que más se distinguían por su adhesion calurosa, estaban los diputados judíos. Y, sin embargo, el telégrafo nos dice, que al abrirse el Parlamento italiano, Menabrea, ese ministro conservador, ese ministro, casi clerical, reclama Roma, como parte de Italia, dice que Francia nunca hubiera consentido un gobierno extranjero en París. ¿Por qué se ha de exigir á Italia que consienta un gobierno extranjero en Roma? El partido conservador, que presentaba á Lanza como candidato á la presidencia del Congreso italiano, ha triunfado sobre el partido avanzado que presentaba á Rattazzi. Pero la victoria ha sido solamente de cuarenta votos. Italia no renunciará jamás á Roma.

De nada abusan tanto los hombres como del poder. Por eso las sociedades verdaderamente conservadoras, son aquellas, que, á la manera de Suiza, Inglaterra y los Estados Unidos, limitan por todos los medios posibles las arbitrariedades del poder. Mientras la suerte de los pueblos se halle á merced de cuatro ó cinco potentados, no tendrán paz los pueblos. Mientras el derecho internacional de Europa se halle á merced de la vieja y egoista diplomacia, no saldrá Europa del triste estado de